

simplemente; otros la emplean con vinagre, como en nuestra primera receta; otros prefieren los orinae, y muchos recomiendan la cerveza; esta da buenos resultados, sobre todo cuando se emplea el extracto de Campoché, acompañado del sulfato doble de alumina y potasa.

El moho proviene de la descomposición de las materias glutinosas contenidas en el huisache. Se puede impedir este mal de tres modos: 1.º Haciendo la infusión á frío en vehículo que impida esa descomposición (en este caso está nuestra primera receta). 2.º Poniendo el cocimiento del huisache al aire por algunos días hasta que el mucilago sea descompuesto. 3.º Usando varias sustancias que impidan la descomposición. Este último método no se debe emplear, pues las sustancias que se emplean son por lo regular venenosas, tales como el sublimado corrosivo y los compuestos arsenicales, y en nuestras escuelas, en que los niños no se cuidan de tomar en la pluma la cantidad necesaria de tinta, dando por resultado que con frecuencia caen gotas en el papel, que los chicos quitan con la lengua, podría suceder, si no que se envenenara algún niño, si que se enfermara, lo que debe procurarse evitar. Lo mejor sería sustituir al sulfato el acetato de hierro, ó emplear el cloruro á pesar de su volatilidad.

## LA TEMPESTAD.

A DON IGNACIO M. ALTAMIRANO.

¡Noche de horror! . . . Levanta el mar hinchado  
Cerros de espuma que á las nubes lanza  
Con iracundo alar;  
El espacio ilumina  
Relámpago siniestro en lontananza,  
Y cual voz de la cólera divina  
Rebrama el huracán.

Todo destroza en su indomable furia;  
Gigante del espacio, en su carrera  
Hiere á la creación;  
Y del caos profundo  
Segunda imagen espantosa y fiera,  
Desata estrepitoso contra el mundo  
Frenético turbión.

¡Rayos y truenos! ¡Sombras y clamores!  
Muda la tierra y de estupor inerte  
Contempla el temporal;  
En tacto que sin tino  
El arcángel terrible de la muerte  
Arrebata consigo el torbellino  
Con ímpetu infernal.

¡Ay del bajel que al píelago mudable  
Lanzóse audaz y del peligro ajeno  
Retando al aquilon!  
¡Ay del triste piloto  
Que el puerto al divisar de gozo lleno,  
En las ondas del mar ve abrirse íguoto  
Sepulcro á su ambicion!

Nada resiste al formidable embate  
Del déspota del aire; la llanura  
Inunda por do quier;  
Cual enfermizas enmas  
Encinas troncha de imponente altura,  
Y peñascos arranca á las montañas  
Que átruenan al caer.

Guardo su nido el ave amedrontada;  
Busquen sus antros las cobardes fieras  
Rugiendo con terror;  
Duerma el rico tranquilo,  
En tanto hora sus pérdidas oras,  
Del triste hogar en el oscuro asilo,  
El pobre labrador.

Yo, huracán, no te temo; y en la orilla  
Del mar hirviente, sin buscar abrigo  
Mi canto entonaré;  
Y á tu empuje oponiendo  
Mi voluntad, impávido enemigo  
Verás en mí, y á tu bramido horrendo  
Contigo lucharé.

¡Qué te vale, infeliz, tu ciega fuerza  
Y sembrar á tu paso el hondo espanto  
Si un muro has de encontrar?  
A tu albedío intenso  
Dominarán las notas de mi canto,  
E incinado del mar al borde intencioso,  
Me oírás á tu pesar.

Ven, no te temo; tus bramidos junta  
Al sonido que brota de mi lira;  
Cautemos, sí, los dos;  
Y vencedor del viento,  
Postrarás á mis pies tu loca ira,  
Que tiens el bardo en su soberbio aliento  
Un hálito de Dios.

¡Concierto sin igual! Tu voz potente  
Y el mugido que dan al estrellarse  
Las olas de la mar,  
Se elevarán del suelo.  
Cual grito de un Luzbel al rebelarse,  
Mientras que sube arrebatado al cielo  
Mi fervido cantar.

Sin embargo, huracán, tu fuerza envidio;  
Cual tú, mi mento se revuelve inquieta  
Aspirando á otro ser;  
Y en mi abrasada frente  
Al brotar mis ensueños de poeta,  
Siento un volcán que en erupción ardiente  
Mi sangre hace correr.

Siento un volcán de incandescente lava  
Que mis venas llenando con violencia,  
Ma rompe el corazón . . . . .

¡Estalla, pues, tonantel  
¡Rompe el hielo que oculta tu existencia,  
Y lanza de tu cráter llameante  
Fébril inspiración.

¡Si á mi osada ambición no hubiera freno!  
¡Si yo tuviera, tempestad, tus alas  
Que azotan el zafiro,  
No tu vuelo rastrero  
Signifera, ni el bramido con que exhalas  
Tu furor contra el mundo, ni altanero  
Quisiera aquí vivir!

¡Si yo tuviera, tempestad, tus alas;  
Dejando atrás el sol y las estrellas  
Que Jehová encendió,  
Cual rayo en el espacio  
Rasgando el éter con mis igneus huellas,  
Ir desfilando al eternal palacio,  
Más allá fuera yo!

Pidiera cuenta al Sér incomprendible  
Del secreto sombrío de la vida  
Doleznable y fatal;  
Y en loco atrevimiento,  
Tocando al cielo con la frente erguida,  
Fuera á mi planta el ancho firmamento  
Mezquino pedestal.

¡Cantar ahí! . . . . . Tendré por auditorio  
De los astros el número infinito,  
La eterna inmensidad!  
Bardo titán que inspira  
La soberbia indomable del proscrito,  
Haré vibrar mi gigantesca lira  
Con fiera majestad.

Iré á buscar la inagotable fuente  
De esa ciencia infinita que me asombra  
Llevando mi alma en pos;  
Yo me alzaré atrevido  
Auto la luz inmensa de su sombra,  
Y la veré . . . . . oyendo arrepentido  
A las plantas de Dios.

¡Tú, Señor, cuyo aliento misterioso  
Mundos y estrellas al espacio lanza  
En perpetuo girar!  
Calma ya la tormenta  
Que así mi mente á enajonar alcanza;  
La niebla aparta, de tu luz afrenta,  
Porque el sol es tu altar.

Manda al viento callar su ronco estruendo,  
Que ya el pavor mi espíritu circunda  
Con lóbrego capuz;

Y al desgarrarse el velo  
De la tibia tática y profunda,  
Cantando un himno en el azul del cielo  
Brille otra vez la luz.

Y el huracán cosó plegó sus alas  
Y huyó á esconderte en su infernal caverna  
Morada del horror;  
Las brietas y las flores  
Su incienso alzaron de fragancia tierna,  
Y de mi alma cercada de fulgores  
Brotó un canto de amor.

Veracruz, Diciembre 27 de 1867.

SANTIAGO ESTERNA

## CIENCIAS.

### HIGIENE.—PATOLOGIA.

De ninguna manera se crea que al resolvernos á tomar la pluma nos dirigimos á los sabios. Esto sería demasiada vanidad. Conocemos y confesamos nuestra ignorancia; pero estamos animados de las mejores intenciones de instruirnos. Deseosos de asimilar la sávia de la ciencia, y estimulados tan solo por la idea del perfeccionamiento social, nos atrevemos á remover cuestiones, cuya solución no está á nuestro alcance, animados por el deseo de que se tomen en consideración, no ya en beneficio nuestro, sino en el de la humanidad, cuya suerte nos interesa y cuyos males quisieramos siquiera disminuir. Nuestro programa, en consecuencia, no será otro que indicar los defectos mas prominentes de nuestra sociedad, para que palpando sus funestos resultados, cada uno se procure por su parte los medios mas adecuados para conjurarlos.

Podíamos decir que entre los vicios que tienden á destruir la salud social, unos lo hacen mediate, otros inmediatamente. Los primeros son aquellos que obran directa y primitivamente sobre el sujeto que los cultiva, el cual solo trasmite á la sociedad su fatal ejemplo, despues de privarla del natural producto de sus brazos ó inteligencia. Luego vienen aquellos que, perdonando la salud física del vicioso, los hace este gravitar sobre la sociedad que le obliga, y cuya moralidad destruya con su infectante contacto. Entre la primera clase podríamos señalar: la embriaguez, la incontinencia, etc.; y entre la segunda: la pasión del juego, el egoísmo, la rapina y otros de su clase, de que nos ocuparemos despues. Por el momento, sin mas orden ni método que su fealdad y perniciosos resultados, insistiremos especialmente sobre aquellos que, gravitando sobre mayor cantidad de la masa social, exigen una mas pronta y eficaz reparación.

Entre esa multitud de larvas que carian, por decir así, el corazón social, hay una que insulta y degrada, á no poder mas, al sér humano, no solo por su escandalosa desvergüenza y su asqueroso aspecto, sino porque hace descender al individuo hasta un peldaño inferior á aquel por donde comienza la escala humana. Este vicio, de que decía Shakespeare que "hace al hombre presentarse bajo el triple aspecto de demente, frenético y abogado, según que sea la primera, segunda ó tercera vez que bebe," es el que mas velez y profundamente desquicia el equilibrio en que se mantienen las funciones orgánicas, comenzando por embotar los resortes de la inteligencia, que aniquila al cabo de algun tiempo, y concluyendo por destruir las funciones vitales.

El uso imoderado de los espirituosos, bajo cualquier aspecto que se considere, es un vicio funesto y al que la sociedad debe la mayor parte de sus males. Regístrese si no ese inmeaso número de procesos que los infatigables jueces están condenados á formar diariamente, y se verá que la mayor parte de los crimenes que se registran en el gran libro social, reconocen por causa la embriaguez. Las penitenciarías, los hospitales, y por desgracia entre nosotros, hasta las calles, nos presentan todos los días esos cuadros repugnantes é inmorales, que tanto ultrajan á la humanidad y á la virtud, como á la autoridad y á la civilización.

El vino, por mas que se encomie, no es una bebida dada al hombre por la naturaleza. Es un producto químico, del arte, que por mas que se quiera, no está adecuado á la organización. Es por consiguiente necesario no olvidar, que si hemos conseguido, en fuerza del hábito, establecer su tolerancia en nuestra economía, el menor exceso puede conducirnos á resultados que no podemos prever. *Æqua vita hominibus, vinum in sobrietate . . . Vinum in jucunditatem creatum est et non in ebrietatem, ab initio.*

No se crea, sin embargo, que impugnamos de tal manera el uso del vino, que siguiendo sistemáticamente las huellas de algunos dietistas y moralistas, queramos tacharlo de la lista de los agentes que pudieran ser útiles, especialmente en ciertos estados patológicos; no, ya lo hemos dicho: censuramos el abuso, no el uso. Es verdad